

## **LA GUERRA (el mal de las armas desde nuestra época)**

JULIO AROSTEGUI\*

RESUMEN: La guerra es una de las actividades que la humanidad más ha cultivado desde que existe sobre la tierra. El mal de las armas ha sido visto frecuentemente como elemento de civilización, algo natural que no necesita justificación. En la misma medida la condena de la guerra es también elemento de civilización y tan universal como la guerra misma. El siglo XX descubrió que la guerra no es una cualidad natural del hombre, un instinto, sino una cuestión cultural que determina un fenómeno de estructura. Hoy, después de dos guerras mundiales y de la aparición de armamento que garantiza la destrucción mutua y total de los contendientes, se ha llegado a una fase de “conflictos locales de baja intensidad” bajo observación de un “ojo vigilante” cada vez más poderoso, eufemísticamente definible como “comunidad internacional”. Hay conciencia de que lo que resuelven las guerras, se puede resolver también sin ellas. Ya no es pensable otra justificación de la guerra distinta de la legítima defensa o la defensa de los derechos humanos.

SUMMARY: War is one of the activities that mankind has most cultivated since appearing on earth. The evil of arms has often been seen as an element of civilization, something natural that needs no justification. In the same way, condemnation of war is also an element of civilization and is as universal as war itself. In the 20th century it was discovered that war is not a natural trait of man, an instinct, but rather a cultural issue that determines a structural phenomenon. Today, after two world wars and the advent of weapons that guarantee total and mutual destruction of all those involved, we have reached a stage of “local conflicts of low intensity” under the observation of a “watchful eye” which is more and more powerful, euphemistically defined as the “international community”. There is an awareness that what can be solved by wars can also be solved without them. Any other justification for war besides legitimate defense or the defense of human rights is no longer conceivable.

PALABRAS CLAVE: Guerra / Violencia / Siglo XX / Conflicto / Cultura de las Armas / Pacifismo / Guerra Atómica.

\* Universidad Carlos III de Madrid.

La Historia contiene en sus registros una inmensa cantidad de memoria acerca de las guerras. Las guerras constituyen, por muy sarcástico que esto pueda sonar, una de las actividades que la humanidad ha cultivado más desde que existe sobre la tierra. Como fenómeno social y como registro histórico, la guerra es, además, una realidad que no ha permanecido inmutable a lo largo de los siglos aunque su esencia sea permanente, la de infligir el suficiente daño a otros seres humanos para conseguir de ellos un comportamiento acorde con los deseos del que activa ese daño. Existe, pues, una *Historia de la guerra o de las guerras* cuyos contenidos pueden ser de una inmensa amplitud. Esa Historia tendrá, inevitablemente, que tener en cuenta la complejísima maraña de elementos de todo tipo, de fenómenos parciales, de actividades y consecuencias, que se entretajan en el fenómeno de la acción humana con armas de destrucción.

Una introducción histórica a la actividad guerrera, como la que se me pide amablemente que escriba ahora, podría orientarse, por tanto, a enfocar muy variadas cuestiones referentes a la guerra en la Historia. La reflexión histórica sobre la guerra habría de contar, en todo caso, con consideraciones analíticas que fuesen, por ejemplo, desde el tratamiento de las condiciones en las que las sociedades *llegan* a la situación límite de la guerra, hasta aquellas otras que se refiriesen a las condiciones en que las guerras ejercen un impacto *cultural*. O que tratasen de buscar algún sentido en la cadencia misma de las guerras en la historia, en épocas especialmente como la nuestra del siglo XX que es tenida universalmente como la más terrible por el desarrollo de fenómenos bélicos.

Para la sensibilidad de hoy, me parece, sin embargo, que el más pertinente grupo de cuestiones que pueden referirse al problema es, por una parte, la consideración de las guerras como el arquetipo de la *cultura de la violencia*. La guerra como manifestación extrema de los comportamientos violentos de la humanidad. Otro aspecto, ligado firmemente al anterior, es precisamente el de la trayectoria histórica más reciente de los hechos de guerra y aquello que podemos ver ya como una profunda mutación en los fenómenos bélicos que estamos presenciando o hemos presenciado en nuestro siglo. Ambos tipos de cuestiones serán, pues, las que intentaré glosar en estas líneas.

## 1. LA GUERRA, HECHO CIVILIZADOR...

La idea de que la guerra, por su carácter mismo de hecho destructivo, ha sido siempre vista como un mal es infundada. No se corresponde con realidades históricas patentes, que muestran más bien que el mal de las armas ha sido visto muchas veces, en ámbitos sociales, políticos e intelectuales diversos, como elemento fundador y hasta imprescindible de civilización. Norberto Bobbio ha señalado que “la guerra ha sido siempre uno de los temas obligados y predilectos de toda filosofía de la historia por los caracteres de terror y de fatalidad que aparecen o han sido siempre inherentes a ella”. Pero añade acto seguido que “hasta ahora la tarea de la filosofía de la historia ha sido justificar la guerra”<sup>1</sup>.

Con independencia de que el “papel” de la guerra en la historia no siempre ha sido tenido por negativo por los grandes tratadistas de la historia y la sociología de las civilizaciones, no es nada difícil encontrar un ramillete, todo lo frondoso que se quiera, de *alabanzas* de la guerra. Y así, por recurrir a ejemplos no muy antiguos, en el siglo XIX uno de los más célebres generales prusianos, Von Moltke, escribía:

“La paz perpetua es un sueño –y ni siquiera un hermoso sueño– y la guerra es una parte integral del orden universal de Dios. En la guerra entran en acción las más nobles virtudes del hombre: valor y renunciamiento, fidelidad al deber y una disposición al sacrificio que no se detiene siquiera ante la ofrenda de la propia vida. Sin guerra, el mundo se hundiría en el materialismo”.

Estas palabras escritas algo después de la segunda mitad del siglo por un militar, militarista a la vez, resumen bastante bien lo que la guerra ha representado para muchos hombres, muchos profesionales de las armas, y desde luego para la cultura común de muchas civilizaciones durante siglos, en una concepción que ha perdurado hasta hace bien poco tiempo. En el siglo XIX también, uno de los grandes genios reaccionarios del siglo, Joseph de Maistre, escribía nada menos que

“hay algo misterioso e inexplicable en la importancia que los hombres dan a la gloria militar... la guerra es divina en sí misma, puesto que es una ley del mundo... En ninguna otra parte la mano divina se hace sentir tan vivamente en el hombre”.

Casi un siglo después, el fundador del fascismo, Benito Mussolini, diría que “sólo la guerra lleva todas las energías humanas a su más alta tensión e impone un sello de nobleza a los pueblos que tiene la virtud de afrontarla”. En la crisis de los años treinta, pensadores conservadores como nuestro Ortega y Gasset detestan lo que ellos creen “pacifismo” frente al que se atreven a afirmar algo tan cierto como que “la guerra no es un instinto sino una invención”, y tan necio al mismo tiempo como que “ella llevó a uno de los mayores descubrimientos, base de toda civilización: el descubrimiento de la disciplina... El pacifismo está perdido y se convierte en pura beatería si no tiene presente que la guerra es una genial y formidable técnica de vida y para la vida”<sup>2</sup>. Y ya en la segunda mitad del siglo XX, un corresponsal de Arnold Toynbee escribía a éste que:

“Hasta los tiempos modernos la guerra fue considerada en si misma como algo que no necesitaba justificación... la lucha formó parte de la vida, era un incidente

1. N. BOBBIO: *El problema de la guerra y los caminos de la paz*. En SISTEMA (Madrid), 46, enero de 1982, pp. 4 y 5.

2. J. ORTEGA Y GASSET: *En cuanto al pacifismo*. Publicado en *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1980, 212 ss. Es un texto incluido en el “Epílogo para ingleses” que Ortega publica en 1938.

de la existencia humana cuya abolición resultaba una posibilidad difícilmente imaginable”<sup>3</sup>.

Es cierto, de todas formas, que esa consideración de la guerra como algo “natural”, e, incluso, como algo necesario, civilizador y, en último caso, inevitable, se ha visto siempre acompañada de la maldición reiterada de las guerras, de su consideración como el mal apocalíptico o como el castigo máximo para los hombres. La guerra es uno de los Jinetes del Apocalipsis... La condena de la guerra es también un elemento de civilización casi en la misma medida en que lo es la consideración de ella como fenómeno ineludible en la historia de las civilizaciones.

La imagen mejor es la del filósofo Immanuel Kant en su propuesta de una “Paz Perpetua” que se adelantaba ya en términos casi contrarios a las ideas que tiempo después expondría otro prusiano, el citado Von Moltke. Nadie podrá decir, pues, que es menor o de menor importancia cultural el inmenso número de pronunciamientos contra la guerra. Desde Confucio a Benjamin Franklin y desde Tucídides, cronista él mismo de una épica guerra, hasta Mahatma Gandhi o Bertrand Russell. Cualquier diccionario de citas está lleno de las condenatorias de la guerra y ayuno de las enaltecedoras. La condena de la guerra es, pues, tan universal también como la guerra misma. La posición contra la guerra, sin embargo, contra “el mal de las armas”, parecería mucho más acorde con la naturaleza misma del individuo humano y de las sociedades y civilizaciones que su alabanza, si no fuera porque conocemos también la extrema complejidad de todos los fenómenos de *violencia*, entre los cuales la guerra es el más paradigmático.

Lo cierto es que durante siglos, tal vez milenios, la guerra ha sido juzgada de forma contradictoria. A veces, la guerra ha sido tenida como reflejo o transcripción, en alguna manera, de una constante biológica en la misma medida en que lo ha sido todo fenómeno de violencia entre humanos. La guerra se ha considerado en otros casos un elemento o factor de civilización. De hecho, la guerra está presente en todas las elaboraciones culturales de las civilizaciones, en forma de mitos, teogonías y teologías. A veces, adquiere la forma de referente jurídico y ético –la “guerra justa”– y, naturalmente, estético. Arte y guerra son también partes de una asociación constante. La guerra es un ingrediente presente en todo el desarrollo histórico de las civilizaciones. Un abundante río de ideas, de tinta, y de sangre, corre en consideraciones de este tipo.

La acción guerrera ha estado incluida hasta los tiempos medievales en Europa, y hasta bastante después en civilizaciones extraeuropeas, entre las funciones normales de los integrantes de cualquier agrupación política. Progresivamente se ha ido convirtiendo en una “función” –al menos en las tareas de dirección de ella– de una clase, estrato social o élite, la de los aristócratas y guerreros. La “clase ociosa”, a cuya naturaleza y composición dedicó un libro ya clásico Thorsten Veblen, fundó primeramente su honor y sus privilegios en su dedicación a las tareas guerreras y

---

3. A.J. TOYNBEE: *Guerra y civilización*. Buenos Aires, Emecé editores, 1952, p. 29.

no a las “industriales”: “la más importante de las tareas honorables en una sociedad feudal es la guerra”<sup>4</sup>.

Las “virtudes militares” han contado siempre entre los ornatos cívicos de los ciudadanos de civilizaciones avanzadas. El componente cultural de estas virtudes como relacionadas con la virilidad, con lo masculino, en la continua diferenciación de los papeles sociales y culturales entre los géneros, es de una antigüedad que se remonta a la poesía épica de Homero. La guerra ha venido durante mucho tiempo a ser para el género masculino lo que la maternidad para el femenino, característica distinta y privativa. Ahora bien, las propias ideas sobre la guerra son un componente cambiante de la cultura y como tal un elemento histórico y, en consecuencia, percepciones sujetas a cambio y revisión.

Durante milenios, pues, la guerra ha sido tenida en el más sencillo de los casos, visto desde nuestra visión de hoy, como cosa *natural*, en el más complejo y sofisticado, ya lo hemos visto, como cosa *divina*. Su consideración como reflejo de condicionantes biológicos determinados por influencias culturales ha sido la ocupación más reciente de los etólogos, desde Lorenz a Laborit o Wilson. Un espacio privilegiado ha ocupado en estas consideraciones, a las que se suman las de antropólogos y psicólogos, la guerra como manifestación cultural.

En nuestro siglo, lo que más poderosamente ha llamado la atención es la frecuencia de su presencia y el extraordinario papel jugado en los procesos de violencia por la guerra, la llegada pronta de tales procesos a su situación límite sin otras posibles mediaciones. Hoy es, sin embargo, evidente que la fecha de 1945, la de la aparición de la *guerra atómica*, divide la historia de las guerras, y la de las civilizaciones, por tanto, en dos épocas distintas. Sería justo considerar al XX como el siglo de las guerras, pero a condición de no perder de vista –volveremos sobre ello– que es a mediados de ese siglo cuando se produce el cambio sustancial en la naturaleza y significación de la guerra.

## 2. CONFLICTOS, VIOLENCIAS Y GUERRA

La guerra es el paradigma más completo de aquellos fenómenos de violencia que se generan en los intentos de resolución de los conflictos humanos. Como en toda violencia, su raíz se encuentra en la existencia de un conflicto. No existe violencia, de cualquier tipo, si no existe conflicto. La guerra es la forma límite de resolución de tal conflicto por vías violentas<sup>5</sup>. La guerra es, en consecuencia, desde esta perspectiva, una forma específica de violencia. Pero las guerras en manera alguna ocupan el espectro completo de las violencias posibles. La guerra es la más despiadada forma de violencia, pero, claro está, no es la única. Siendo, además, la gue-

4. Th. VEBLEN: *Teoría de la clase ociosa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 9.

5. Véase en relación con esto un texto mío: *Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia*. En J. AROSTEGUI: *Violencia y Política en España*. Madrid. AYER, nº 13, 1994, editado por Marcial Pons, 1994. Especialmente pp. 29 y ss.

rra, la forma límite que puede adoptar una situación de violencia no es, desde el punto de vista histórico, la última de esas formas en aparecer. Por el contrario, es la *primera*.

Lo dicho debería hacernos reflexionar sobre la propia naturaleza de la violencia en la Historia, cuyo incremento no tenemos razón alguna para afirmar<sup>6</sup>. Es más plausible lo contrario, aunque toda época histórica ha creído siempre ser ella víctima de mayores violencias que cualquier otra. Muchas otras maneras de violencia han ido e irán probablemente por caminos distintos a los de la guerra. La cuestión filosófica central, y uno de los problemas de la investigación histórica más intrincados, implicados en la violencia bélica estriba en la elucidación de si todo conflicto tiene necesariamente que comportar formas de violencia explícita, de violencia física y, en definitiva, de violencia bélica.

El meollo estaría, pues, en determinar si el conflicto, la violencia y la expresión última de ésta, es decir, la guerra, están dialéctica, irrenunciablemente, unidos y si, en consecuencia, la guerra está sujeta a ese halo de inevitabilidad que, a veces, se ha visto en ella. La historia nos muestra que en el desarrollo humano la relación entre esas realidades ha sido constante, pero las modalidades de semejante relación no lo son. En la historia aparece que en el desarrollo humano esta relación conflicto/guerra es harto frecuente, y lo es más a medida que retrocedemos en los tiempos, pero la permanencia de ella no nos asegura de su necesidad lógica y, por lo demás, las formas de esa relación no son invariables y es evidente que tienden a cambiar. Naturalmente, han existido y existen muchos tipos de guerras: desde las de subsistencia a las de conquista, desde las de religión a las nacionalistas. Precisamente, este paso de las guerras de religión a las guerras nacionales es lo que ha resaltado Arnold Toynbee, en 1950, como el gran salto del mundo de las civilizaciones preindustriales a las industriales. Mientras que Alvin Toffler ha hablado ya de una “tercera ola” de guerras, las guerras altamente tecnificadas que contemplamos ya.

El gran fundador de la ciencia de la guerra, Von Clausewitz, la definió instrumentalmente como “un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario”<sup>7</sup>. Un uso de la fuerza que es en este caso, por definición, ilimitado. El carácter de forma extrema de violencia, la naturaleza de “violencia estratégica” –en cuanto es una estrategia o planificación del uso de la fuerza mediante todos los medios– es aquí nuestro punto central de reflexión. La presencia continua de la guerra en la historia de la, o las, civilizaciones humanas es lo que obliga a reflexionar sobre el *significado* de las guerras en la historia. Lo que equivale a preguntar si la resolución de los conflictos por la vía bélica es un fenómeno social “necesario” o es, como dijese Ortega, una invención, y, en ese orden de cosas, un adelanto... La *necesidad* de las guerras, en el sentido de la lógica misma de la historia, es decir,

---

6. Véase a este respecto J. AROSTEGUI: *La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica*. En SISTEMA (Madrid), nº 132-133, junio 1996, monográfico sobre “Violencia y Política”, pp. 9 y ss.

7. K. V. CLAUSEWITZ: *De la guerra*. Barcelona, Labor, 1994 (edición abreviada), p. 31.

el hecho de que no exista, hasta el día de hoy, civilización sin guerra, ha sido objeto de las más variadas conclusiones filosóficas sobre su origen y naturaleza. Y de no pocos desvaríos.

Como hemos señalado, la continua presencia de la guerra en la historia no debe confundirse en manera alguna con la permanencia de unos rasgos históricos inmutables en la actividad bélica. Independientemente, claro está, de la propia variabilidad de las técnicas de la guerra y de la naturaleza de las armas, la guerra como fenómeno o situación social ha experimentado una gran mutabilidad en la Historia, una distinta entidad e influencia en el conjunto de las relaciones sociales, una variable capacidad decisoria.

A la guerra le ocurre como a todas las formas de violencia que conocemos históricamente: ha seguido hasta hoy una trayectoria que la ha llevado desde ser un fenómeno *genérico* en las relaciones sociales, escasamente diferenciado, presente en todos los entresijos sociales y en todas las culturas, a convertirse en un fenómeno *específico*, en un *acto* diferenciado y diferenciable, el *acto de violencia*, en una categoría. Desde el punto de vista moral, la violencia ha evolucionado desde acción común a crimen. La evolución histórica de las guerras, como la de todas las violencias, no puede enfocarse desde las pautas cuantitativas del *más* o el *menos*. Eso tiene poco sentido. El análisis histórico sólo nos permite establecer que las violencias siguen pautas históricas paralelas a todos los demás fenómenos sociales: cada época tiene sus violencias, como sus crisis y sus cambios.

De la misma manera que existe un acto de violencia, existe un acto de guerra, y como tal acto específico se le ha intentado someter a pautas, se le ha intentado contornear y definir como hecho instrumental. Eso es lo que acertó a definir con lucidez Von Clausewitz también cuando dice que la guerra es “la continuación de la política por otros medios”. La guerra era ya, por tanto, un instrumento de política, no, como antes, un regulador de relaciones humanas, que actuaba así incluso, fundamentalmente, en el terreno demográfico, como apuntó Robert Malthus a comienzos del siglo XIX en sus célebres disquisiciones sobre población y recursos. Como instrumento, podría ser reglamentado, tecnificado y teorizado. Sí: las guerras están presentes en toda la historia humana. Pero no con una invariable presencia.

¿Tienen las guerras una dinámica y una lógica particular que es distinta de la de las *violencias civiles*<sup>8</sup>? En términos generales puede decirse que sí. Evidentemente, las guerras son acontecimientos históricos caracterizados por el uso de una fuerza preparada específicamente, un uso que obedece a causas que no necesariamente tienen que ver con el propio estado del grupo o grupos sociales que las provocan, mantienen y sufren. La guerra se da en la historia normalmente entre sociedades distintas que se adentran en conflictos por la disputa de bienes escasos, de hegemonías, o por el cumplimiento de ciertos objetivos incompatibles entre sí. Por ello, se habla de una violencia “civil” cuando estamos ante un conflicto violento que escinde

8. Por “violencias civiles” entendemos siguiendo a los más conocidos autores –los que tratan de la *civil strife*– aquellos fenómenos de violencia en la sociedad que excluyen la presencia militar, todas las formas de violencia de tipo político fundamentalmente que no son la guerra.

a una sociedad desde dentro y una violencia “bélica” o guerra cuando son dos sociedades diferenciadas, normalmente poseedoras de su propio Estado, las que se enfrentan. El caso de la guerra *civil* es, como se sabe bien, una situación anómala que nos muestra una guerra en el interior de una sociedad definida<sup>9</sup>.

Históricamente, las guerras alcanzan una nueva situación histórica con la sociedad industrial, pero la consideración intelectual de la guerra empieza a cambiar señaladamente ya antes con el pensamiento de la Ilustración, con los filósofos políticos de Escocia y de Francia. La clave de este sentido histórico está, como hemos sugerido, en el descubrimiento de la existencia y del significado específico de la sociedad como contrato y del *acto de violencia* como perturbación, un descubrimiento que se traslada después a la guerra misma. Las guerras no son *necesarias*, se pasa a pensar; son una solución entre otras. Es una dimensión del comportamiento social para cuyo tratamiento es posible pensar que existen ingenierías precisas. El XIX había sabido aislar el “acto de violencia” como conducta, el siglo XX lo estima como comportamiento social marginal, excepcional, categorizable y modificable. Y, sin embargo, la primera era del industrialismo en el mundo es la que más grandes guerras ha conocido, desde las napoleónicas a las de mediados del siglo XX. Las grandes guerras acompañan a los grandes cambios en el mundo.

Los hombres no hemos sido capaces de tomar cuenta de la entidad jurídica, social, ética, exactas de la guerra como mal evitable hasta que hemos sabido interpretar el acto de violencia independiente de otras formas de conducta. El hombre está en condiciones de enfrentarse al fenómeno-guerra cuando descubre su carácter instrumental. El siglo XX descubre, nada menos, que, contra lo que parecía –los descubrimientos de la ciencia son siempre “contra lo que parecía”–, la violencia no es una cualidad natural, no es, sin más, un instinto. Y aunque no lo parezca, los estudios etológicos, los antropológicos y culturales, convergen en que la violencia es una cuestión cultural, que se incardina en un fenómeno de estructura.

### 3. LAS GUERRAS DEL SIGLO XX

El sociólogo Anthony Giddens ha señalado que la inmensa mayoría de las configuraciones políticas estatales que existen actualmente en la Tierra proceden directamente de las guerras<sup>10</sup>. Alvin Toffler señala otra cosa de gran interés: contra la idea de que desde 1945 hasta el momento ha imperado generalmente la paz en el mundo, aunque sea difusa, se encuentra la realidad de las muchas guerras locales desencadenadas desde entonces. Todo el mundo ha oído hablar de la guerra de Corea, Vietnam, las árabe-israelíes o del Golfo. Pero pocos saben que se han producido en cincuenta años más de 160 conflictos armados locales o regionales en los que han perecido más de siete millones de soldados además de las víctimas civiles<sup>11</sup>.

---

9. Ch. ZORGBIBE: *La guerra civil*. Barcelona, Dopesa, 1975. El autor cree que, de hecho, las guerras civiles modernas son un reflejo interno de conflictos internacionales.

10. A. GIDDENS: *Sociología*. Madrid, Alianza Editorial, 1989. Véase el cap. “La guerra y los militares”.

11. A. y H. TOFFLER: *Las guerras del futuro*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994, p. 29.

Nuestro siglo ha sido de los más pletóricos en la aparición de guerras, las más mortíferas que la humanidad recuerda. Por eso, el siglo XX ocupa un lugar especial en la historia de las guerras que ha llevado a su frecuente demonización como “el siglo de la violencia”. Seguramente, sólo hay un precedente aducible, el del siglo XVII, por la longitud, la crueldad y la persistencia de las guerras. Es evidente que ambos siglos son momentos históricos de profunda crisis. En el siglo XVII acababan definitivamente las guerras caballerescas; en el XX, a lo que podemos barruntar, han acabado las guerras convencionales al estilo en que las definió Clausewitz.

En una entrevista reciente el medievalista francés Jacques Le Goff afirmaba que “el siglo XX ha sido para la humanidad, y para los europeos en particular, un siglo terrible, un siglo en el cual la barbarie ha retornado allí donde se pensaba que había desaparecido”. El historiador que figura entre los más conocidos y lúcidos de nuestro tiempo, E.J. Hobsbawm, dice que “el siglo XX no puede concebirse dissociado de la guerra”. El filósofo de la ciencia K.R. Popper decía en 1958 en una conferencia en Zurich que “en la actualidad, parece como si todos los pensadores contemporáneos... están de acuerdo en algo: que vivimos en una época miserable, en una época positivamente criminal, posiblemente la peor de todas las épocas conocidas...”<sup>12</sup>. Es difícil encontrar un tratadista, analista o memorialista sobre el siglo XX que no exprese esa aguda paradoja que se refleja además en el título mismo de una muy reciente, y, la verdad, escasamente apasionante, obra como la de G. Jackson “Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX”.

Ahora bien, en realidad, Popper añadía ya a la reflexión que hemos citado: “tengo que confesar que considero errónea esta concepción pesimista de nuestra época”... Personalmente, yo tampoco comparto esta idea demonizadora y catastrofista con la que algunos quieren pasar el siglo XX a la historia. Y ello por muchas razones y porque, de hecho, esas visiones son extremadamente simplistas. El siglo XX sería visto mejor como cien años de enormes contrastes en el que las catástrofes han estado sobre todo concentradas en su primera parte. No hay que olvidar que las grandes tormentas bélicas del siglo tuvieron lugar de manera especial entre 1900 y 1945, y por ello no sería una buena visión la que creyera ver un flujo homogéneo y continuado de desgracias. Es más cierto que, en este sentido, el legado del XX al XXI nos aparece *abierto*.

Lo más probable es que el futuro vea el siglo XX como un tiempo de *transición*, que habrá hecho de puente entre la fundamentación de una nueva sociedad llevada a cabo en el siglo XIX sobre la base del industrialismo clásico con división del mundo en uno civilizado y otro colonizado, y la destrucción de esa imagen para convertirla en la de una sociedad asentada sobre nuevas fuentes de energía, de la informática, la comunicación masiva y probablemente la salida estable del hombre de la Tierra. El siglo XX ha saldado el pleito que realmente abrió el XIX. Esta nueva guerra de los Treinta Años del siglo XX ( 1914-1945 ), que muchos, como Ernst Nolte, han considerado una “guerra civil europea”, representa la liquidación de un

12. K.R. POPPER: *En busca de un mundo mejor*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1994, 270.

proceso que se abrió con la revolución francesa. No parece difícil ver tampoco que la primera mitad de nuestro siglo fue en alguna manera la culminación y cambio de unas formas de civilización que se habían creado en el siglo anterior.

Con lo que digo, no quisiera parecer que niego las catástrofes, y, sobre todo, las catástrofes bélicas de nuestro siglo. Considero perfectamente ajustado el título que Tomás Pérez Delgado propone para un trabajo sobre estos mismos problemas: “Europa siglo XX: corta centuria, larga guerra” y su caracterización de la más grande guerra de todos los tiempos, la empezada en 1939, como “guerra total, de aniquilamiento, de exterminio racial y de dimensiones mundiales”<sup>13</sup>. John Keane, un tratadista de la violencia, ha llamado al XX “el largo siglo de la violencia”, con una imagen de “guerras genocidas, ciudades bombardeadas, explosiones nucleares, campos de concentración, escaladas de derramamientos de sangre...”<sup>14</sup>. El siglo XX ha traído tanto la aparición de nuevas formas de violencia como la exacerbación de las ya conocidas. Es el siglo de la aparición de una nueva forma de guerra: la *psicológica* y la *fría*, entre otras, además de la *revolucionaria*. La violencia política, las guerras políticas se han visto transformadas en guerras revolucionarias. El siglo XX es, todavía más, el siglo de los genocidios<sup>15</sup>. Esto es, todo ello, cierto.

El siglo comienza, justamente, con una “paz armada”. Con unas “conferencias para la paz”, en La Haya, en 1899 y 1907. Sin embargo, en el parlamento alemán, el canciller Von Bülow se mofa de ello. No parece dudoso que la verdadera historia de nuestra contemporaneidad parte de la Gran Guerra de 1914. Allí se abre la era más grande de guerras en la historia humana que ha llevado, sin embargo, y sería un gran error no reparar en esto, a una *transformación cualitativa* de las guerras, que nos coloca ante el siglo XXI en una distinta sociohistoria de la guerra. En las conciencias de las gentes que vivieron ambas es verdad que la Gran Guerra dejó mucha más huella que la que luego se llamaría Segunda Guerra Mundial. Y es que la primera era el estallido final de un mundo, el que había creado el siglo XIX, la crisis del mundo liberal, mientras que la segunda gran guerra fue vista como la continuación inevitable de la primera.

Siguieron treinta años de crisis, entre 1914 y 1945, con dos nudos fundamentales y, de hecho, con dos fases también de soluciones. El progreso técnico del armamento en los años treinta fue inmenso, nos dice Paul Kennedy<sup>16</sup> y ello nos hace reparar en que las “carreras armamentísticas” son otra de las grandes aportaciones del siglo XX a las situaciones de guerra. Ha habido al menos tres carreras armamentísticas: la que precede a la Gran Guerra, la de los años treinta, la de la guerra fría que llega hasta la “Iniciativa de Defensa Estratégica” (la *guerra de las*

---

13. T. PÉREZ DELGADO: *Europa siglo XX: corta centuria, guerra larga*. En R. TAMAMES, J. FERNÁNDEZ CONDE Y OTROS: *Europa: proyecciones y percepciones históricas*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1997, p. 165.

14. J. KEANE: *Reflection on Violence*. Londres, Verso, 1996, p. 3.

15. I. TERNON: *El Estado criminal. Los genocidios del siglo XX*. Barcelona, Ediciones Península, 1995.

16. P. KENNEDY: *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994, 437 y ss.

*galaxias*) del presidente Reagan. La carrera armamentística de los años 1890-1914 tuvo sus intentos de limitación: esas Conferencias de La Haya, los esfuerzos de las Internacionales... La de los años treinta superó los buenos oficios de la Sociedad de Naciones y acabó en la gran catástrofe, la de los años ochenta desembocó en un decisivo cambio de la geoestrategia.

Las guerras del siglo XX son, desde luego, guerras de tipo nuevo y lo serían más, claro está, si hubiesen seguido produciéndose. Involucran a todos los ciudadanos, modifican la economía, elevan el nivel de destrucción, cambian la vida social. Del tipo de violencia que representa la guerra prácticamente no queda nadie fuera; no hay no-concernidos en estas guerras. Por ello se habla del siglo XX como de la época de la *guerra total*. El testimonio clásico del siglo XX sobre la idea de la guerra total es el de uno de sus aplicantes más expertos, el general alemán Erich Ludendorff autor de *Der totale Krieg* que aparece en 1935 y que se basa en la experiencia militar del autor como Jefe del Estado Mayor alemán en la guerra de 1914.

Pero es también evidente que el fin de la era de las grandes guerras, o era de las catástrofes que la ha llamado Eric J. Hobsbawm, dio al mundo el comienzo de una era histórica distinta basada en el enorme aumento de la capacidad de destrucción: el arma nuclear, que poniendo fin a una era en el verano de 1945 abría otra. La *guerra atómica* cambió la realidad y la concepción de la guerra, especialmente cuando tal arma dejó de ser monopolio de un solo país. Es evidente que el fin de las grandes guerras tuvo un desarrollo posterior condicionado por dos grandes realidades históricas, o la presencia de dos grandes tipos de realidades bélicas nuevas: la *guerra fría*, en un mundo bipolar y la posibilidad pendiente siempre en la realidad mundial desde 1949, más o menos, de una *guerra atómica*.

Se sucede entonces una época larga de "*paz simulada*", como reza el título de un libro<sup>17</sup>. Una nueva guerra convencional, sin intervención de los nuevos armamentos a escala mundial, era impensable. De ahí las características de la guerra fría con su condicionamiento por el arma nuclear. En 1955, el secretario de Estado norteamericano, J. Foster Dulles, expone la doctrina de la "represalia nuclear masiva". La desafortunada carrera armamentística dejó obsoleta la estrategia norteamericana de la represalia masiva e instantánea, e impuso lo que el analista estratégico Albert Wohlstetter llamó "equilibrio del terror", que reposaba tanto en la capacidad destructiva de las nuevas armas como en la amenaza creíble de que serían utilizadas en caso de agresión. Las características de una nueva era estaban dadas.

Esto fue lo básico y su resultado, en definitiva, fue la tercera carrera armamentística del siglo. Las causas de ese terror que ha sido una de las constantes de la posguerra en forma de guerra fría hay que buscarlas en diversos elementos: el propio precedente de la Guerra Mundial, el conocimiento de los horrores producidos por la bomba atómica, el régimen soviético y la oposición del capitalismo. El miedo a la guerra nuclear actuó como una severa cortapisa para que las grandes

17. VEIGA, F., E.U. DA CAL, A. DUARTE: *La paz simulada. Historia de la guerra fría (1941-1991)*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.

potencias se embarcaran en guerras ellas mismas o permitieran embarcarse a los estados asociados o aliados. Esta situación era enteramente inédita en la historia de las estrategias de guerra.

La última de las carreras armamentísticas fue justamente la que acabó en la que se llamó “Iniciativa de Defensa Estratégica” aquella nueva concepción de un sistema de armas nacida en el entorno del presidente estadounidense Ronald Reagan que se difundió en el mundo con el anuncio de 23 de marzo de 1983<sup>18</sup>. Fue en los años 80 y entre sus consecuencias debemos encontrar alguna de las derivaciones que condujeron al proceso de la reforma soviética que llevó al desmantelamiento de la URSS. La IDE era la culminación de una teoría que había venido siendo madurada durante todo el siglo: la teoría del enemigo permanente. Las ideas del pacifismo final eran las que ponían de relieve que el nuevo carácter y origen del armamentismo descansaba en la teoría de la *disuasión*.

De hecho, la no realizada IDE trajo el fin del mundo bipolar para dar paso a la era de los *conflictos de baja intensidad* y hoy mismo a la de la *guerra bajo el Ojo Vigilante*. Hemos llegado al momento en que un analista de consumo como Alvin Toffler puede dedicarse a escribir difíciles elucubraciones sobre “las guerras del futuro”<sup>19</sup>. Al acabarse la bipolaridad, los sistemas estratégicos antiguos entraron en una fase de reconversión acelerada. Durante la guerra fría y con posterioridad a ella, la estrategia de los enfrentamientos bélicos en el planeta ha seguido la línea de la presencia y permanencia de conflictos de baja intensidad siempre controlados. Parece como si esta presencia de conflictos localizados, de tensiones en lugares del mundo que deben y pueden ser mantenidas aisladas –África, Oriente Próximo y Medio, Sureste asiático hasta hace poco– obedeciese a una lógica implacable que es derivación de varios factores de base: la orientación hacia conflictos cada vez a más pequeña escala: de las guerras totales, pasando por la época de las últimas guerras regionales (Corea, Vietnam, Golfo), hasta las guerras locales –Ruanda, Congo, Afganistán– que ejemplifican la idea de los conflictos de baja intensidad, no cualificada, claro está, por su gravedad u horror sino por su capacidad de influir en acontecimientos a escala mundial.

Pero, seguramente, lo que el futuro nos depara de más novedoso, junto a las dificultades estratégicas para que se desencadenen guerras globales, es la expansión de la guerra controlada como sistema de orden cuya custodia se atribuye al gran *Ojo Vigilante*. Las guerras de baja intensidad son, en todo caso, un producto secundario de un sistema de dominación. En este mundo unipolar y de extraordinario desarrollo tecnológico tiene sentido la concepción de la guerra aún más estrechamente ligada si cabe a la evolución de los sistemas socioestratégicos, a la evolución del sistema capitalista y al entendimiento de la guerra como una cuestión de mercado.

---

18. Véase al efecto el aleccionador libro del fallecido E.P. THOMPSON y B. THOMPSON: *La guerra de las galaxias*. Barcelona. Crítica, 1986.

19. En el libro ya citado A. y H. TOFFLER: *Las guerras del futuro*, obra aparecida nada menos que en trece lenguas.

Las guerras del final del siglo XX y, presumiblemente, las del siglo XXI tienden a ser cada vez más *guerras vigiladas*, por un *ojo vigilante*, cuya naturaleza puede intuirse ya, pero que no está todavía claramente definido. Puede que a ese ojo vigilante le convenga piadosa y eufemísticamente el apelativo de “comunidad internacional”... y que su instrumento sea la ONU. Mientras que el gendarme también parece materializarse ya...

Son guerras que afectarán a ciertas partes del mundo, fuera desde luego de esa séptima parte del planeta que goza de un desarrollo superior, de paz interior y fuerza militar asegurada. Y son guerras donde aparecen móviles que se intuyen como una histórica novedad también en la idea misma de la guerra. Se trata de lo que el derecho internacional ha planteado ya como el derecho y deber de hacer la guerra de intervención humanitaria<sup>20</sup>, en defensa de los derechos humanos conculcados o amenazados: así en la ex-Yugoslavia, Somalia, etc., y otros proyectos. Los problemas de este tipo de intervenciones son claros: riesgo de fracasos, riesgo de abusos.

En definitiva, si las guerras son la expresión arquetípica de la violencia en el siglo XX, también el siglo XX ha demostrado que el fenómeno social y estratégico de la guerra ha tomado su propia autonomía, de forma que las violencias que se han ido adueñando del mundo tienen cada vez menos que ver con los problemas de la guerra misma. No parece difícil de entender que el siglo XX represente un *tournant* decisivo en la historia de las violencias y las guerras del futuro. Parece, además, muy probable que la clave de los procesos sociales futuros en los que podamos hablar de violencia no sea la violencia *física*. Puede que lleguemos al momento de las guerras sin muertes físicas, guerras incruentas, que no matan a las personas, pero que consolidan más aún los fundamentos de las dominaciones<sup>21</sup>.

¿Por qué se han producido en el siglo XX más fenómenos que nunca de enfrentamientos violentos, a más escala y más generalizados? La explicación *radical*, es decir, de raíz, debería señalar que el siglo XX es, a su vez, un especial tiempo de enormes conflictos. Conflictos cuya centralidad ha estado en Europa. Son los conflictos derivados de la civilización industrial, la primera civilización industrial. La forma típica de resolver los conflictos interestatales en ese momento es la guerra que ahora ya podemos considerar “convencional”. Esta constatación histórica podría llevarnos a una predicción que es posiblemente demasiado fácil: el perfeccionamiento de la civilización material aumenta la trascendencia catastrófica de las guerras.

De esta forma, si el progreso material continúa y la significación de la guerra como elemento de civilización no cambia cabría pensar que las guerras tenderían a ser catástrofes cada vez más grandes. Pero es evidente que una previsión como esa no es lícita, y entre las razones por las que no lo es nos interesan aquí algunas:

20. A. RUIZ MIGUEL: *Por una filosofía de la paz en la era nuclear*. En SISTEMA (Madrid), nº 58, enero de 1984, p. 183.

21. Es lo que plantea el citado A. TOFLER, *o.c.*, por ejemplo 233 y ss.

no las estratégicas, económicas, políticas, etc., sino las razones que hacen que podamos hablar de una *nueva cultura* en torno a la guerra.

#### 4. ¿EL FIN DE LA CULTURA DE LA GUERRA?

¿Es la guerra intrínseca e irremediablemente mala en sí misma?, se pregunta Arnold Toynbee en “Guerra y Civilización”. El problema, dice, ha sido planteado erróneamente. Se ha pensado que la guerra está relacionada con la “virtudes militares”, cuando en realidad no es sino una fase de la cultura humana. Y precisamente es ello lo que cabría poner de relieve en las líneas finales ya de estas reflexiones. La humanidad ha vivido durante siglos una *cultura de las armas* de más largo alcance del que le atribuye el propio creador de esa expresión, Robin Luckham<sup>22</sup>. Desde mediados del siglo, después de 1945, ha desaparecido enteramente, desde cualquier pensamiento admitido, la idea de *guerra justa*, aunque hay quienes sigan insistiendo en las guerras *necesarias*. La guerra como instrumento lícito para conseguir objetivos es idea sólo mantenida ya por ciertos fundamentalismos o ciertas sectas, pero también por ciertos imperialismos.

Sin embargo, la idea de que nada universalmente justifica la guerra no quiere decir que no exista la posibilidad de ella y que no haya guerras *explicables*. Aumenta, no obstante, la creencia en que no existen guerras *justificables*. Esto, aunque todavía sea una realidad que tiene muy poco que ver con la práctica existente hoy en las relaciones políticas y en los conflictos locales, es ya un inmenso adelanto. Ha desaparecido la idea que depositaba alguna forma de excelencia en las virtudes militares. Ha desaparecido la disposición a considerar la capacidad para la guerra como elemento de juicio, como medida, de la potencia o la energía vital de las sociedades. Hay conciencia de que lo que se resuelve con guerras muy probablemente puede resolverse sin ellas. Ya no hay otras justificaciones pensables de las guerras más que legítima defensa y la defensa de los derechos humanos.

A pesar de ello, tal vez sea todavía un exceso decir que la guerra *ha quedado relegada a la Historia*. ¡Cuántas veces la Historia misma ha desmentido ilusiones de esta especie! Pero el fenómeno de la guerra ha cambiado inmensamente en sus características propias durante este siglo, al tiempo que las formas de violencia que más nos amenazan con su constante presencia no se presentan bajo la forma de guerra. La violencia más absoluta que se intuye hoy es la que proviene de la irracionalidad y la insolidaridad. Proviene del individualismo operante. Desciende la violencia política y avanza la violencia social y esa violencia social se ramifica claramente en violencias con distintas simbologías. El simbolismo de la violencia se diversifica. Una violencia que es cada vez menos, seguramente, física es cada vez más intrusiva, porque destruye la capacidad de reacción.

---

22. R. LUCKHAM: *La cultura de las armas. Mitología belicista y fetichismo del armamento en la cultura de masas*. Barcelona, Editorial Lerna, 1986.

La violencia impositiva sigue hoy muchas veces el cauce de los medios de comunicación. A la violencia de la miseria se añadirá la violencia que tendrá posiblemente esos medios como cauce de excelencia. Será la aceptación de la dominación de los que tienen esos medios el reflejo más diáfano de las nuevas formas de violencia. Como algo estructuralmente ligado a la vida de muchos seres. La libertad está amenazada por el poder de la difusión controlada y dosificada de información donde el emisor de ella es el dueño de la realidad que él mismo crea.

Gaston Bouthoul, uno de los mayores expertos y casi el creador de la ciencia de la Polemología ha dicho: “estamos condenados a prepararnos para la guerra o a trabajar para la polemología”. Es decir, saber más de las guerras nos sirve de contención frente a ellas<sup>23</sup>. El hombre está en mejores condiciones de oponerse al fenómeno-guerra cuando descubre su carácter instrumental.

Tampoco ha habido otro como el siglo XX en promover movimientos contra la guerra, movimientos por la paz. La historia de los movimientos pacifistas viene de antiguo, pero hasta el siglo XX no han existido de hecho leyes internacionales que limiten el derecho de los Estados a hacer la guerra. La fecha clave fue aquí 1919 y el esfuerzo máximo el de la Sociedad de Naciones. El siglo XX es también el siglo de los *pacifismos*, activos que se basan en una ética y pasivos que se basan en una posición más propia del análisis científico, según ha señalado N. Bobbio. Algunos, como ocurrió con Ortega y Gasset en épocas de enorme tribulación como la que precedió a 1939, no supieron distinguir entre pacifismo y apaciguamiento que son cosas distintas.

Ha sido, en esencia, el cambio en la naturaleza de la guerra que se ha derivado básicamente de la aparición del arma atómica, y el convencimiento de que más allá de la infernal política de la *disuasión* está la certeza de que la guerra global hoy significa el exterminio de ambos contendientes, lo que ha colocado al siglo XX, o mejor, a su segunda mitad, como el gozne de ese gran *tourmant* en la significación de las guerras. Por ello, el siglo XX como siglo de violencias es también una época de consideración cultural específica de la violencia y de la forma de representación de ella. Los catastrofistas no han reparado en que la historia de la violencia va siempre acompañada de la de la anti-violencia.

Nunca ha habido en el mundo como en el siglo XX, y progresiva y felizmente más en el mundo hacia el que vamos, una sensibilidad tan especial sobre la violencia como fenómeno socio-estructural y como riesgo social contrario al progreso. Esperemos que, en la línea de pensamiento de Norberto Bobbio, el fin de las guerras sea una imposición de conciencia tanto o más que una derivación de las condiciones del progreso.

23. G. BOUTHOU: *La guerra*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971.